

MIMI MATTHEWS

UNA

HISTORIA DE
CONVENIENCIA

Libros de
seda

En recuerdo de Ava y John



CAPÍTULO 1

Surrey, Inglaterra

Agosto, 1860

Laura Hayes contuvo el aliento tanto como le permitieron los pulmones. El agua en la que se sumergía estaba sucia y llena de hojas bajo el sol de la mañana. Sintió cómo algo se le enredaba en el cabello y rezó por que no fueran huevas de rana. Ese tipo de situaciones desagradables eran, por desgracia, demasiado comunes cuando se zambullía en el estanque de Talbot.

Habría preferido con mucho estar bajo las frías olas del mar, sentir cómo la marea implacable la arrastraba alejándola de la orilla. Pero visitar alguna de las localidades costeras de moda era algo que se encontraba muy lejos de lo que la familia Hayes podía permitirse en aquel momento. Y, aunque no fuera así, Margate y Brighton eran lugares para bañarse, no para nadar.

Por el momento, tendría que conformarse con el estanque de Talbot.

Al menos había subido la temperatura en Surrey. Había hecho sol todos los días durante las últimas dos semanas, un calor sofocante que la había llevado a pasar en el bosque más tiempo de lo habitual. Incluso en ese instante, mientras los rayos se filtraban a través del agua y le calentaban los brazos y piernas desnudos, pensó en cuándo podría volver de nuevo. Dos días más tarde, quizá. Y después otra vez a la mañana siguiente.

Pero no debía distraerse. No debía perder la noción del tiempo.

Solo faltaban cinco segundos para superar el récord del día anterior. Inició una cuenta atrás mental mientras se obligaba a no entrar en pánico por la falta de aire.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Una sombra le tapó el sol. Fue el único aviso antes de que algo —o alguien— enorme se lanzara al agua salpicando a su lado. La sorpresa hizo que aspirara de golpe y se tragara una bocanada de la turbia agua del estanque.

Entonces, entró en pánico por completo.

Agitó los brazos en un desesperado intento por alcanzar la superficie, pero la enorme persona —ya tenía claro que era un humano— la agarró con fuerza de la cintura. La transportó con brusquedad hasta encontrarse fuera del estanque y la lanzó, tosiendo y escupiendo, sobre la hierba de la orilla.

—¿Qué diablos intentaba hacer? —tronó la voz profunda de un hombre—. ¿Suicidarse?

Laura apenas podía oírlo entre las fuertes palpitaciones que notaba en los oídos. Se levantó apoyándose en el suelo con los brazos temblorosos y el pecho se le contrajo dolorosamente con otra tos ahogada.

—Esto es... —Resolló y resopló, con el estómago y los pulmones aún resentidos por la inesperada entrada de agua—. Una propiedad privada.

—¿Me está diciendo que estoy allanando su propiedad? —Soltó una risa ronca—. Supongo que preferiría que la hubiera dejado ahogarse, ¿no?

La joven se protegió los ojos con el dorso de la mano antes de alzar la mirada hacia su supuesto rescatador. Un temblor de inquietud la recorrió.

Era un hombre grande. Fornido, así lo habría descrito tía Charlotte. Alto y ancho de hombros, el cabello oscuro le caía sobre la frente y llevaba la barba y el bigote bien recortados; aunque, pensándolo bien, quizá fuera que no se había afeitado en una semana.

Además, era un desconocido. Un hombre al que no recordaba haber visto antes. Si lo hubiera hecho, seguro que se acordaría. Su cara y su figura no eran de las que se olvidan fácilmente. De hecho, si no estuviera tan indignada con él por haber irrumpido en su santuario privado y perturbado su tranquilidad, tal vez incluso hubiera admitido que era atractivo.

Pero, atractivo o no, los desconocidos no eran bienvenidos en el bosque de Talbot; y lo eran especialmente poco en un momento como aquel, en que se encontraba en ropa interior y disfrutando del estanque. Había demasiados caballeros que consideraban que una dama escasamente vestida estaba a su disposición.

Y no cabía duda de que aquel hombre era algún tipo de caballero. Podía verlo en el corte de su ropa y la calidad de su caballo, un cazador alazán que esperaba al borde del claro con una maleta de cuero atada a la parte trasera de la montura.

Había aprendido a permanecer en guardia cuando de caballeros se trataba. Aunque no parecía que su rescatador tuviera intención de forzarla. Todo lo contrario. Parecía, la verdad sea dicha, bastante enfadado.

Se sentó en la orilla junto a ella y se abrazó las rodillas dobladas con el brazo, esbelto y musculoso. Tenía la camisa, el chaleco y los pantalones de montar empapados y el cabello se le pegaba a la cabeza. También las botas de cuero.

Un destello de culpa le removió la conciencia a Laura. ¿De verdad había creído que se estaba ahogando? Debía de ser así. ¿Por qué si no iba a lanzarse al estanque con las botas puestas? Unas botas que en ese momento estaban echadas a perder y sin esperanza de recuperación.

—No corría ningún peligro —alegó.

Él la miró con furia, con los ojos grises entrecerrados y tan fríos como la escarcha.

La joven sintió un aleteo en el estómago, aunque al mismo tiempo se enderezó ante la audacia del hombre.

—Y si va a quedarse ahí sentado mirándome...

—No la estoy mirando.

—Me está mirando con el ceño fruncido.

—Porque bien podría retorcerle el pescuezo.

Se quedó con la boca abierta. Ningún hombre le había hablado nunca así. Desde luego, no un desconocido.

—¿Disculpe?

—¿Cómo puede alguien ser tan irresponsable..., tan desconsiderado... como para intentar siquiera...?

—No estaba intentando ahogarme, maldito zoquete. —Si él hablaba sin rodeos, también lo haría ella—. Aunque tampoco sería asunto suyo.

Fue a sentarse en el banco y se inclinó hacia un lado para apartarse el pelo mojado de la cara. Se le habían deshecho las trenzas. Tenía pétalos de flor, ramitas rotas y Dios sabe qué más enredado en los mechones sueltos. Tendría que lavárselo aquella tarde si...

El desconocido inspiró de golpe.

Ella le lanzó una breve mirada y lo vio apartar la vista como si acabara de observar algún horror impío. Estaba evitando mirarla y se había puesto bastante colorado por encima del cuello de la camisa.

Laura bajó la vista para observar la camisola y la ropa interior. El algodón descolorido, con sus costuras dos veces zurcidas, estaba completamente empapado, casi transparente, y se le pegaba como una segunda piel. Gruñó para sus adentros. ¿Podía aquel terrible encuentro ir aún peor?

—¿Dónde diablos está su ropa? —preguntó él, con la voz ahogada—. ¿No tiene un vestido o un...?

—Nadie lleva un vestido para ir a nadar.

—No estaba nadando. Estaba flotando bajo la superficie como una demente Ofelia.

—Estaba fortaleciendo los pulmones. —Lo observó mientras él le devolvía la mirada casi en contra de su voluntad. La desvió de nuevo, con el rostro endurecido con una máscara de emociones controladas—. Y no parecía una demente Ofelia —añadió susurrando—. Qué caracterización tan poco halagadora.

—Si cree que me he adentrado en este claro para halagar su vanidad...

—¿Por qué se ha adentrado en el claro? Este bosque pertenece al señor Talbot. Tiene señales por todas partes. Es imposible que no las haya visto. A menos que... Sabe leer, ¿verdad?

—Por supuesto que sé leer... —Se detuvo—. Estaba intentando encontrar... —Volvió a detenerse—. Por el amor de Dios, señorita, se lo vuelvo a preguntar: ¿dónde está su ropa!?

La joven se cruzó de brazos.

—Allí. —Señaló con la barbilla—. Debajo del árbol.

Su rescatador se puso en pie de golpe y recorrió a grandes zancadas la escasa distancia a la que había dejado la manta. Sobre ella descansaba una cesta de comida junto con su corsé, el vestido y las botas, todo cuidadosamente ordenado en un montoncito. Había pensado pasar el día allí. Tenía un libro y una botella de la limonada recién hecha de tía Charlotte esperándola. Había planeado dejar que el cabello y la ropa interior se le secasen al sol. Pero en ese momento...

En ese momento estaba sentada y tiritando en el claro, vulnerable y cada vez más avergonzada por su desnudez. Miró a su rescatador mientras se agachaba para recoger la ropa. El hombre regresó, acercándose solo lo justo para lanzar el vestido y el corsé doblados a su lado, sobre la hierba, y volvió a darse la vuelta sin mirarla a los ojos.

Laura se colocó el corsé. Estaba viejo y desgastado. La verdad es que resultaba bastante inútil. Apenas tuvo que contener el aliento mientras se abrochaba el cierre metálico delantero. Cuando hubo terminado, sacudió la falda y se la puso. No había llevado enaguas y, desde luego, no se había molestado en ponerse un miriñaque, ni siquiera unas medias. El conjunto resultante era puramente práctico. También era completamente indecente, se mirara por donde se mirase.

—¿Cómo me ha encontrado aquí? —preguntó mientras se abotonaba el corpiño—. No hay ningún modo de ver el estanque desde la carretera.

—Mi caballo salió disparado hacia el bosque —dijo, aún evitando mirarla.

Si tuviera una pizca de sentido común, ella también habría salido disparada, dejando muy atrás la manta y la cesta. Pero era poco probable que los pulmones le aguantaran un esfuerzo así después de haberlos llevado hasta el límite.

Además, ella no huía ante nada.

Según su experiencia, controlar el miedo era una estrategia mucho más efectiva. Intentaba contenerse para no agravar una situación tensa actuando de la manera más natural posible.

Lo más naturalmente que fuera posible actuar teniendo el cabello engalanado con huevas de rana.

Intentó ahuecarse la falda en vano. Se le pegaba a las piernas y la ropa interior húmedas.

—Estoy tan decente como puedo. Si esto le hace ruborizarse, más le vale marcharse.

Él le lanzó una mirada cautelosa por encima del hombro.

—No me he ruborizado.

—¿No? —Laura pasó caminando a su lado para sentarse sobre la manta. Hizo un esfuerzo por adoptar una actitud decorosa, imposible en aquellas circunstancias. Inclinandose sobre la cadera, levantó las rodillas para taparse los pies descalzos con la tela empapada de la falda. Cuando se aseguró de tener las piernas bien cubiertas, abrió el cesto de mimbre y, tras dedicar un momento a rebuscar entre su contenido, sacó un peine de carey.

—Solo estoy furioso —dijo el hombre.

Laura se concentraba en deshacer lo que quedaba de las trenzas. Lo consiguió en un santiamén y el cabello le cayó por debajo de los hombros en un empapado —y enredado— velo de ébano. Sujetó un mechón entre los dedos y empezó a peinarlo, como si esperara a que su rescatador continuara. Él no dijo ni una palabra.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Por qué estaba haciendo eso?

—¿Haciendo el qué?

—Aguantar la respiración bajo el agua.

La mano de la joven se detuvo con el peine.

—Ya se lo he dicho. Estaba fortaleciendo los pulmones.

—¿Por qué?

Tuvo que contenerse para no decírselo. Era un desconocido, por el amor de Dios, no su amigo.

—No es asunto suyo, caballero.

Él resopló.

—Por supuesto que no. —Caminó unos pocos pasos a través del claro y se detuvo para pasarse una mano por el cabello húmedo—. ¿Me permite acompañarla a casa?

—¿Por qué querría hacerlo? Me encuentro perfectamente bien.

—No está en un estado adecuado para...

—¿Para qué? ¿Para defenderme de desconocidos? Estoy un poco mojada, eso es todo. —Se detuvo un instante antes de añadir—: Hasta que ha aparecido usted, ningún hombre me había abordado en este bosque.

Se volvió para mirarla a la cara.

—No pretendía ser irrespetuoso, yo...

—Sí, lo sé. Solo pretendía rescatarme. Pero no necesito que me rescaten, como puede observar.

—No, por supuesto que no. —Subió y bajó el pecho en una respiración profunda—. Mi reacción ha sido desproporcionada.

Laura bajó el peine. Se dio cuenta por primera vez de que su rescatador parecía estar más que un poco conmocionado. Tenía la boca pálida. Las manos le temblaban.

—No ha hecho nada malo.

—¿No? Me alegra oír eso. —Esbozó una breve y sarcástica sonrisa que no se le manifestó en los ojos—. Le deseo un buen día, entonces, antes de agravar mi crimen.

La joven parpadeó mirándolo, pero no se atrevió a preguntarle a qué se refería. Apenas lograba mantener la compostura sin añadir nada más.

—Le deseo un buen día a usted también, caballero.

Él hizo una reverencia:

—Señorita...

Y se fue.



Alex Archer reprimió un gruñido mientras se bajaba del caballo que había alquilado. No estaba acostumbrado a montar. En la ciudad recurría a calesas, ómnibus o —más habitualmente— a su propio pie. Pero

las instrucciones de George Wright habían sido claras: debía tomar el tren de Londres a Lower Hawley y, desde allí, alquilar un caballo para el resto de su viaje hasta la casa del vicario.

—No queda lejos —había prometido George—. Cinco millas de buena carretera a lo largo del límite del bosque de Talbot.

El bosque de Talbot, por supuesto.

Si su caballo no lo hubiera tirado y salido corriendo hacia el mencionado bosque, a él no le dolería todo el cuerpo, ni estaría, además, empapado.

No era pobre. Ni mucho menos. Pero cuando pensó en la cantidad de monedas que había gastado en ropajes para esa condenada empresa... Y ahora había arruinado un abrigo y un par de botas nuevas. Lo mismo le habría valido prender fuego al dinero.

Pero no había vuelta atrás.

Condujo a su caballo por el camino de grava y, tras dejarlo en los establos de la casa del vicario, se dirigió hacia la escalinata delantera. El sol centelleaba sobre la aldaba de latón de la puerta principal, de color rojo. Era una vivienda alegre. La clase de hogar feliz que albergaba una familia igualmente feliz.

La clase de hogar que él nunca había tenido.

Según se acercaba, tapaba el sol con su corpulenta figura, proyectando una inquietante sombra sobre la puerta. No hubo necesidad de llamar. Se abrió de golpe girando sobre unos goznes bien engrasados, como si el ocupante de la casa lo hubiera estado esperando.

Y así era.

—¡Archer! —George Wright se quedó de pie en el umbral de la puerta, con una incómoda sonrisa en los labios. Con los rizos rubios enmarañados y unos expresivos ojos castaños, parecía más un poeta romántico que el hijo de un humilde párroco rural—. ¿Qué diablos le ha pasado?

—Un percance sin importancia. —Alex le devolvió una sonrisa seca—. El caballo que he alquilado es una amenaza.

George soltó una risa incómoda. Siempre se ponía nervioso en presencia de Alex, le ocurría desde que se conocieron en Marsella un año antes, en una de las casas de juegos más conocidas de la ciudad. Aquella

noche, Alex le ganó a las cartas de manera bastante abrumadora, obteniendo la que sería la primera de muchas victorias.

—¿Por qué sigue jugando con el chico? —le había preguntado uno de los crupieres en privado—. Debe saber que nunca saldrá lo que le debe.

—Pagará —había asegurado él—. De una manera o de otra.

Era ese mismo pago lo que había llevado a Alex hasta Surrey.

—¿Es esa vieja maleta lo único que trae? —preguntó George—. ¿No tiene un baúl? ¿O un arcón?

Lo siguió dentro de la casa del vicario. Era un hogar humilde pero limpio, con un suelo de pizarra recién barrido y muebles de madera pulida para mostrar todo su brillo. El aroma a cera de abeja y aceite de limón impregnaba el ambiente.

—Los he dejado en la estación.

—¿No planea quedarse?

—Si puede arreglarlo. Si no...

—Ya lo he arreglado —repuso George—. Envié una nota a Edgington Park esta mañana. La señorita Talbot ha respondido hace una hora. Puede encontrarse con ella esta tarde, suponiendo que consiga encontrar una carabina.

—¿Una carabina? —Miró a George a los ojos con un destello de irritación—. Nunca ha mencionado que en sus encuentros con la señorita Talbot ella tuviera una carabina.

—Nunca la tiene. Pero Henrietta y yo prácticamente crecimos juntos. Usted, por el contrario, es un desconocido. Una incógnita, o eso es lo que dice su padre. Si va a pasear con nosotros esta tarde, deberá ir acompañada.

—¿Y quién será esa carabina? ¿Una criada chismosa? ¿Una tía solterona ejerciendo de perro guardián? ¿Qué más no me ha contado?

George dio un paso atrás.

—No le he mentado, Archer. Se lo juro. La señorita Talbot no tiene parientes femeninas. Nadie que vaya a interferir en sus planes. Solo ha llamado a la señorita Hayes. Una lugareña sin importancia. Vive a menos de tres millas de aquí, en el límite del bosque de Talbot. La señorita Talbot recurre a menudo a su compañía.

Alex se quedó paralizado. De pronto, le asaltaron los recuerdos de la mujer con la que se había encontrado en el estanque. La sensación al sacar su cuerpo escasamente vestido del agua. Su mirada al sentarse tan recatadamente en la orilla, como una sirena peinándose. Frunció el ceño.

—Esta lugareña... No será por casualidad una ninfa acuática de cabello moreno, ¿verdad?

—¿Cómo? —George soltó una sincera carcajada—. ¿La señorita Hayes? En absoluto. Es una solterona. Una simple cancerbera. No hará nada que altere su tranquilidad, se lo puedo asegurar. —Se dirigió a las escaleras—. Venga conmigo. Nuestra ama de llaves, la señora Griffiths, le ha preparado una habitación.

Lo siguió a regañadientes. Los escalones crujían bajo sus botas mojadas.

—¿Dónde está su padre?

—En la iglesia, preparando el sermón del domingo. Estará de vuelta para la cena. Podrá reunirse con él entonces... a menos que nos inviten a cenar en Edgington Park. —George guio a Alex por un corto pasillo hasta llegar a una acogedora habitación de invitados decorada con un jarrón de margaritas sobre el lavabo—. La señora Griffiths se ocupa de nosotros. Lleva siglos haciéndolo. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que tirar de la cuerda de la campana.

—Necesito agua caliente para lavarme.

—Ah, sí. Qué estúpido soy. Le pediré que le suba un poco. ¿Necesita algo más?

—Depende. ¿Cuándo saldremos?

—En cuanto puedan localizar a la señorita Hayes. No deberían tardar mucho. No es que la mujer tenga una vida social intensa.



CAPÍTULO 2

Tía Charlotte entró en la habitación de Laura con una carta abierta en la mano. Su semblante, habitualmente alegre, mostraba un aire de adusta resignación.

—George Wright ha vuelto a casa.

Laura estaba sentada frente al tocador, con la cabeza inclinada para secarse el cabello recién lavado con una áspera toalla. Al oír las palabras de su tía, se quedó inmóvil:

—¿Qué?

—Llegó ayer por la mañana en tren, desde Londres. —La mujer caminaba de un lado a otro de la habitación, hasta la ventana y de vuelta. Su falda negra de tafetán sonaba al rozar la desgastada alfombra de Aubusson que cubría la tarima, igualmente desgastada.

El gato blanco y negro de Laura, *Magpie*, observaba los movimientos de tía Charlotte desde la cama mientras daba con la cola perezosos golpecitos sobre la colcha.

—Planea quedarse un mes —anunció Charlotte—. Puede que incluso más.

A Laura se le aceleró el corazón a su pesar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La señorita Talbot. —Agitó una carta—. Te ha enviado una nota.

A Laura se le cayó de las manos la toalla húmeda. No la miró.

—¿La has abierto?

—Eso parece, ¿no? Henrietta Talbot no tiene ningún derecho a convocarte. No eres su dama de compañía, por mucho que ella lo crea.

La joven alargó la mano para pedirle la carta.

Su tía cruzó la habitación para dársela.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó Laura mientras la abría.

—Hace menos de media hora. Aún estabas bañándote.

Ojeó la breve misiva.

—El señor Wright ha traído con él a un amigo. Henrietta no puede acompañarlos a ambos sin una carabina. Me pide que vaya ahora mismo.

Charlotte se acercó y se quedó de pie a su lado. Era una mujer de un tamaño impresionante y, a pesar de mostrar un aspecto de elegancia deslucida, resultaba a su manera tan regia como la reina.

—Confío en que no la complacerás.

—No tengo ningún motivo para no hacerlo.

—¡Ningún motivo! Mi querida niña, llevas medio enamorada de George Wright desde que eráis niños. ¿Por qué habrías de soportar su presencia?

—Un amor adolescente —replicó la joven con desdén. Dobló la carta y la dejó sobre el tocador, entre un juego de cepillos de pelo plateados y el único frasco de perfume sin abrir que quedaba del último lote de fragancias de su padre—. Ahora no siento por él nada más que una amistad.

Era la verdad, aunque no toda la verdad.

Lo que sentía por George no era amor, pero tampoco amistad. Lo que sentía era decepción. Una profunda decepción, no solo hacia él, sino también hacia sí misma por haberle creído alguna vez merecedor de sus afectos.

Había estado ciega respecto a George desde que era una niña. Dos años atrás, la ceguera había desaparecido sin ceremonias. Volver a verlo sería incómodo, incluso bochornoso. Probablemente más para él que para ella. Fue él quien provocó la ruptura de su amistad. Quien la insultó.

No tenía nada que reprocharse a sí misma. Nada excepto un exceso de romanticismo e ingenuidad infantiles.

—Si él te tratara como a una amiga, podría aceptarlo —protestó Charlotte—. Pero te menosprecia. Tan solo porque últimamente nuestra familia está pasando por tiempos difíciles...

—Han pasado tres años desde que papá murió. —Le dirigió a su tía una afectuosa mirada—. Y los tiempos no eran mucho más sencillos antes, no sé si lo recuerdas.

La mujer frunció los labios.

—No estoy de acuerdo con eso. Puede que no tuvierais mucho dinero, pero cuando mi hermano vivía, teníais prestigio en esta comunidad.

No discutió con su tía. ¿Qué sentido tenía? Charlotte prefería negar la realidad de sus actuales circunstancias. En el pasado, cuando Laura había intentado hablar con ella de las finanzas familiares, solo le había ocasionado sufrimiento. Ahora se guardaba la dura realidad para sí misma. Ni siquiera Teddy era consciente de lo mal que iban realmente las cosas.

—Soy el cabeza de familia, Laura —decía él a menudo—. Esa carga la debo soportar yo.

Pero Teddy no podía soportarla. La fiebre que se había llevado a su padre tres años atrás había dejado a Edward Hayes postrado en una silla de ruedas; era una tenue sombra de lo que había sido, que, si no fuera por la gracia de Dios, ya habría dejado este mundo.

—Supongo que la señorita Talbot no me ha enviado un carruaje, ¿es así? —preguntó Laura. No se podía confiar en Henrietta para ese tipo de cosas. Como heredera, pocas veces se le ocurría pensar que otros no eran tan afortunados como ella—. ¿Tendré que ir caminando hasta Edgington Park?

Tía Charlotte resopló.

—Ha enviado una calesa de un caballo conducida por uno de sus arrendatarios, nada menos. Pretende ser un insulto, estoy segura. He estado a punto de mandarlo de vuelta con una buena reprimenda.

—¿Dónde está ahora?

—En la cocina, tomando un vaso de limonada. Sabía que insistirías en aceptar la llamada de la señorita Talbot, si no por ella misma, para volver a ver al señor Wright.

—Por supuesto que iré —replicó Laura—. A menos que tú o Teddy realmente me necesitéis esta tarde.

—Tu hermano está ahora mismo dibujando un nido de pájaros que ha visto por la ventana. Otro día sin salir de casa, parece. El pobre niño lleva una vida totalmente gris.

A sus veinte años, Teddy ya no era un niño, pero tía Charlotte se resignaba a verlo como tal. No ayudaba el hecho de que, últimamente, se hubiera vuelto irritable, se negara a salir de su habitación y, en ocasiones, incluso rechazara la comida.

—Me tenéis totalmente controlado —se quejaba—. Por el amor de Dios, Laura. Déjame tranquilo.

Laura estaba cansada. Cansada de ocuparse de su tía y de su hermano, y de lo que quedaba de su hogar. Cansada de intentar estirar sus escasos ingresos. Nunca había ningún progreso; ni una chispa de esperanza como al principio. Cada día era casi idéntico a los anteriores. Una repetición infinita de obligaciones asfixiantes. De necesidades sin satisfacer y deseos que jamás se verían cumplidos. Monótona, así era su vida.

Excepto ese día.

El atractivo caballero del estanque de Talbot había supuesto una novedad. Algo diferente.

Pero incluso ese encuentro había durado apenas un instante. Ahí estaba de nuevo, atada por sus obligaciones y abrumada por sus necesidades, deseos y monotonía.

Forzó una sonrisa.

—¿Me ayudas a trenzarme el pelo, tía?

Charlotte le lanzó una larga mirada.

—Está demasiado húmedo para llevarlo así en público.

—Terminará de secarse de camino a Edgington Park. ¿No has salido hoy? Hace un sol bastante abrasador.

—Y tú sin un sombrero ni un parasol... —Se situó tras ella y, con el peine, comenzó a dividir y manipular con maña el cabello de la joven hasta crear una rueda trenzada sobre su nuca—. Aún no te han salido pecas, un milagro.

—Aún no. —Se miró en el espejo. Seguía teniendo la piel tan pálida como la porcelana. Tal vez incluso tan pálida como el alabastro. Un aspecto envidiable, lo sabía, y que había hecho muy poco por ganarse—. Aunque me atrevo a decir que me acabarán saliendo.

—Me pregunto si pueden salirte pecas mientras estás sumergida en un estanque.

—Todo es posible bajo el agua.

—Mmm... Te prepararé un poco de agua de fresa. Puedes aplicártela en la cara cuando vuelvas a casa esta tarde. —Miró a su sobrina a través del espejo. Una sombra de preocupación le nubló el semblante—. Estarás de vuelta antes de que caiga la noche, ¿verdad, querida? Mañana tienes que madrugar.

Como si pudiera olvidarlo... Tomó la mano de su tía.

—Estaré en casa a la hora de la cena. Te lo prometo.



Edginton Park era más grande de lo que Alex había esperado. Se trataba de una extensa residencia de estilo renacentista construida a base de piedras color miel que se alzaba en mitad de un cuidado jardín; la completaban varias ventanas en forma de arco y tres imponentes torres cuadradas; perfectamente podría haber sido uno de los palacios menores de la reina Victoria. Alex nunca había visto nada igual.

—Es espantoso, lo sé. —George miraba por la ventana del carruaje mientras el anticuado vehículo se detenía tambaleante en lo alto del camino—. El señor Talbot tiene muy mal gusto. Cree que cuanto más cueste algo, más deseable será. Alguien podría haberle dicho que quitara una de esas torres y también la mitad de esas ventanas. Pero ¿habría hecho caso?

Alex apartó la mirada de la extravagante residencia y pasó a fijarse en el terreno de alrededor. Era verde y exuberante, y estaba lleno de actividad. Los jardineros se afanaban podando los árboles y setos o empujando carretillas llenas de tierra. A lo lejos se veían más hombres trabajando en los cercados y en las diversas dependencias, una de las cuales parecía ser un invernadero de naranjos.

Lo invadió un creciente sentimiento de satisfacción.

Así que Edgington Park no era la simple locura de un caballero. Era una granja totalmente funcional. Con una vasta superficie, por lo que podía juzgar. Aún mayor si se incluía el epónimo bosque de Talbot.

—El señor Talbot debe de ser un hombre muy rico —dijo.

—Es lo suficientemente próspero. —George abrió la puerta del carruaje y se bajó—. Pero la que es rica es su hija. No solo es la heredera de Edgington Park, sino también de la fortuna de su difunta madre. Se encuentra en fideicomiso hasta que se case.

Alex lo siguió, cerrando tras él la puerta del carruaje. El padre de George, el vicario, llevaba una vida acomodada, pero no disponía de un sirviente.

—Que tenga siquiera un carruaje es poco menos que un milagro —había comentado George un rato antes con un resoplido burlón—. Padre prefiere caminar. Dice que le ayuda a mantenerse cerca de Dios.

Alex se preguntó cuánto sabía el piadoso vicario rural sobre el disoluto estilo de vida de su hijo. ¿Era consciente de que apostaba, bebía y consumía opio, y que disfrutaba de la compañía de mujeres de baja alcurnia?

Para Alex, la de George era una existencia completamente desperdiciada. Si él hubiera tenido un padre que lo quisiera —un hogar al que volver en un pintoresco pueblo como Lower Hawley—, jamás habría despilfarrado su vida como lo hacía el joven.

No obstante, si no fuera por los vicios de George, él no habría tenido la oportunidad de doblegarlo a su voluntad. Como mínimo, era algo por lo que estar agradecido.

Se alisó el chaleco mientras subía por la escalera principal. Tras lavarse, se había puesto un traje nuevo: pantalones oscuros, una americana holgada y una camisa blanca de lino con un pañuelo anudado de manera sencilla. No era muy distinto a lo que el hijo del vicario llevaba puesto, aunque quizá menos colorido que su llamativo tartán.

Apenas habían subido la mitad de la escalinata de piedra cuando se abrieron las puertas y apareció una joven. Llevaba un vaporoso vestido de muselina a rayas con faldones de un tamaño que no resultaba

práctico en absoluto. El mismo tipo de faldones voluminosos que la emperatriz Eugenia de Francia había popularizado algunos años antes. Flotaban tras ella mientras bajaba los escalones y los tirabuzones dorados de su cabello brillaban bajo el sol.

—¡George! Me había parecido oír un carruaje. Y aquí estás. —Se detuvo delante de su amigo, con una radiante sonrisa iluminándole la cara—. Por fin has vuelto a casa.

Alex se mantuvo a una corta distancia mientras observaba a la señorita Talbot. Al igual que Edgington Park, no era como la había esperado. Era bastante guapa, sin duda, para alguien a quien le gustasen las jóvenes inglesas de semblante pálido y mejillas sonrojadas, con hoyuelos y ardientes ojos castaños. No es que se resistiera por completo a aquel tipo de encantos. De hecho, si todo salía según el plan, tendría que acostumbrarse a ellos. Sin embargo, había esperado sentir algo. Una chispa de atracción. El más leve estremecimiento de calor en el pecho... o en las entrañas.

Pero no sentía nada. Su corazón permanecía tan inalterable como siempre.

—Henrietta. —George tomó las manos de la joven dama—. Estás espléndida. ¿Acaso el tiempo no pasa por ti, querida?

—Lo hace cada año. Como sabrías si hubieras venido a la celebración de mi cumpleaños el pasado otoño. ¿Ya no tienes tiempo para tus amigos?

—Un mes entero. Y pretendo pasarlo todo en tu compañía. —George desvió la atención hacia Alex, con una sonrisa algo forzada—. ¿Me permites presentarte a mi buen amigo el señor Archer?

Alex se asombró de que fuera capaz de pronunciar las palabras sin atragantarse con ellas.

—Archer —continuó con la misma voz artificialmente alegre—, esta es la señorita Talbot, la dama más encantadora de Surrey.

La joven miró a Alex con una sonrisa debilitada.

—Bienvenido a Edgington Park, señor Archer.

Alex hizo una reverencia.

—Señorita Talbot...

—Mi acompañante debe de estar a punto de llegar —dijo—. ¿Caminamos para encontrarnos con ella?

—¿Aún no está aquí? —George frunció los labios, molesto—. ¿Cuándo la has convocado?

—No la he convocado. —La señorita Talbot lo agarró del brazo—. Se lo he pedido.

Alex se llevó las manos a la espalda mientras bajaba las escaleras junto a los otros dos jóvenes.

George no había sido totalmente sincero con él.

Le había dicho que la señorita Talbot era una vecina. Nada más que una amiga de la infancia. En ningún momento había mencionado que ella tuviera sentimientos hacia él.

Y, a menos que Alex estuviera muy equivocado, la joven sentía un gran cariño por George. Si ese cariño era mutuo era difícil de saber. Pero si lo fuera...

Por el amor de Dios, ¿acaso le había ofrecido George Wright a su propia enamorada para satisfacer una deuda?

—¿Es su primera visita a Surrey, señor Archer? —preguntó la señorita Talbot, aún agarrada al brazo de George.

—Lo es, señorita.

—George mencionó en su nota que usted ha vuelto recientemente a Inglaterra. ¿De dónde es originalmente?

—De Londres. —Se situó a su lado—. Mis padres se mudaron a París cuando yo aún no sabía andar.

Era la misma mentira de siempre. Esa que había contado demasiadas veces a lo largo de los años. Casi había empezado a creérsela él mismo.

—No se les puede reprochar —replicó la señorita Talbot—. No sé cómo alguien puede soportar Londres. Todo ese humo y polvo y niebla. Causa estragos en la salud de mi padre. Por eso nunca vamos a la ciudad. —Le lanzó una mirada de educada curiosidad—. ¿Su madre y su padre aún residen en Francia?

—Por desgracia, no. Los perdí durante la epidemia de cólera del 33.

—A Archer lo crio su padrino, el barón Reynard —aclaró George, ayudándolo—. Un caballero con una cierta reputación.

—¿Un barón, ha dicho? —A la joven le brillaron los ojos con interés—. ¿Son los barones franceses iguales que los ingleses? ¿O son...? —Se detuvo de golpe—. ¡Ah! Ahí llega Blodgett en la calesa. Y mira, George, ahí está la señorita Hayes, tal como te dije.

Una maltrecha calesa de un caballo subió por el camino y se detuvo justo delante de ellos. El anciano conductor estaba encorvado sobre la cabina, con una boina de *tweed* cubriéndole la cara. A su lado se encontraba una joven dama vestida con una falda gris descolorida y un caracó, además de un sombrero de paja de copa plana coronándole la cabeza.

Alex se detuvo junto a los otros.

Y, después, se quedó mirándola fijamente.

Dios santo, era su ninfa acuática. La mujer a la que había rescatado en el estanque; o a la que no había rescatado, mejor dicho. Pero en ese momento no tenía el aspecto de una ninfa acuática. Más bien lo contrario. Tenía la espalda forzosamente recta, las manos cubiertas por guantes y delicadamente puestas sobre el regazo, y el cabello —aquel velo color medianoche salpicado de hojas y pétalos de flor— lo llevaba recogido en un apretado moño a la altura de la nuca.

—¿A qué esperas, George? —dijo en voz baja la señorita Talbot—. Ayuda a Laura a bajar.

Laura.

El nombre no tenía nada de extraordinario. No obstante, provocó una ligera conmoción en la compostura de Alex. No fue una sensación cálida; desde luego, no era el tipo de calidez que había anticipado sentir por la señorita Talbot. Era algo distinto. Algo nuevo y profundamente desconcertante. Era reconocimiento. Algún tipo de... comprensión.

—Si me permite... —No esperó a recibir ningún permiso y alcanzó la calesa en unas pocas zancadas.

La señorita Hayes lo vio acercarse. Los ojos se le abrieron casi imperceptiblemente.

Y vaya ojos tenía... Azul grisáceo, bajo un par de cejas bajas e inflexiblemente rectas del color del ébano. Se había fijado en ellas al sacarla del agua. En ellas y... en otros de sus atributos.

Lo miró con desprecio y con una chispa de reproche en la mirada.

—Usted...

—Mi nombre es Archer —dijo—. Y usted, presumo, es la señorita Hayes.

—Así es.

Alzó los brazos hacia ella.

—¿Me permite ayudarla a bajar?

Dudó durante una fracción de segundo.

—Si quiere...

Alex notó cómo la joven tomaba una entrecortada respiración cuando le rodeó con las manos la cintura encorsetada para sacarla de la calesa y dejarla suavemente sobre el suelo. Era alta para ser una mujer. Cerca de un metro setenta, calculó. La cabeza le llegaba a la altura de la barbilla. Una rareza. Estaba acostumbrado a ser mucho más alto que las mujeres.

Pero la señorita Hayes era distinta, tanto en la altura como en los modales.

No era hermosa, no de la manera tradicional. Desde luego, no de la manera en que lo era la señorita Talbot. Pero el rostro de Laura Hayes tenía una arquitectura llamativa, una especie de austero equilibrio entre los altos pómulos, la rectitud del puente de la nariz y la firme línea de la mandíbula. Solo la boca delataba un atisbo de suavidad. Era amplia y llamaba a besarla.

Y estaba fruncida.

Retiró las manos de la cintura de la joven.

En el instante en que la soltó, ella se alejó para alisarse la falda.

—Gracias, señor Archer.

—El placer es mío, señorita Hayes.

—¡Laura! —La señorita Talbot se acercó para unirse a ellos—. Me alegro mucho de que hayas venido. Y agradezco mucho que tu tía pudiera prescindir de ti para hacerme este favor. ¿Puedes creerte que George haya vuelto a visitarnos después de todo este tiempo? Y ha traído a un amigo, el señor Archer.

El cochero se alejó en la calesa y dejó el camino despejado. La recién llegada miró hacia el otro lado, donde George había permanecido de pie, con las manos en los bolsillos de los pantalones a cuadros.

—Bienvenido a casa, George.

El joven inclinó la cabeza con gesto taciturno.

—Laura...

Alex entornó los ojos. George le había dicho que la señorita Hayes era una lugareña sin importancia. Una cancerbera, había añadido. Si eso era cierto, ¿cómo es que se llamaban por sus nombres de pila? ¿Y por qué le resultaba a Wright tan difícil mirarla a la cara?

—¿Cómo está tu tía? —preguntó la señorita Talbot.

—Muy bien. Envía recuerdos.

—¿Y tu hermano? ¿Cómo está de salud? —Dirigió la mirada hacia Alex—. El hermano menor de la señorita Hayes es un inválido. Tenemos suerte de que aún siga con nosotros.

—Mi hermano está bien. Nos va de maravilla a todos, Hen, de verdad. No hay de qué preocuparse.

—No me preocupo. Es solo que parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que estuviste aquí. Me tienes que contar todo lo que has estado haciendo. —Tomó del brazo a la recién llegada—. Vamos a entrar y tomarnos un té antes del paseo, ¿de acuerdo? —Lanzó una mirada a George mientras las dos caminaban hacia la casa—. La señorita Hayes no admitirá ningún tipo de debilidad, pero debemos cuidar de ella, ¿no es así?

El rostro de la aludida era una máscara impenetrable.

George, por su parte, no dijo ni una palabra.

Alex caminó junto a él, detrás de las dos jóvenes.

—Así que una lugareña sin importancia —murmuró.

Wright se puso colorado.

—Es la verdad.

—¿Lo es?

—No es nada —repuso en voz baja—. Nadie.

Alex no lo creyó ni por un instante.

—Aquí las cosas no son tan sencillas como me había hecho pensar.

—Lo son. O lo serían si la señorita Hayes no planeara siempre ser el centro de atención.

—¿Es eso lo que ha hecho?

—¿No es evidente? Pero no tema. Las separaré a la primera oportunidad. Y después podrá dedicarse a ganarse el favor de la señorita Talbot... o lo que sea que pretenda hacer con ella.

—Creo que sabe lo que pretendo hacer con ella.

George desvió la mirada.

—Sí —admitió con tono tenso—. Lo sé.